

FRANCO VACCARINI

Mitos de terror y humor

El Rey de la Destrucción y otros relatos del mundo

Las diferentes culturas, a lo largo del tiempo y la geografía, van relatando sus emociones, para vivirlas más plenamente o para superarlas, principalmente sus miedos. Uno de los remedios más eficaces contra el miedo es la risa. Franco Vaccarini nos ofrece aquí una alquimia perfecta para conocer las historias que hicieron temblar y descostillar de risa al mundo.



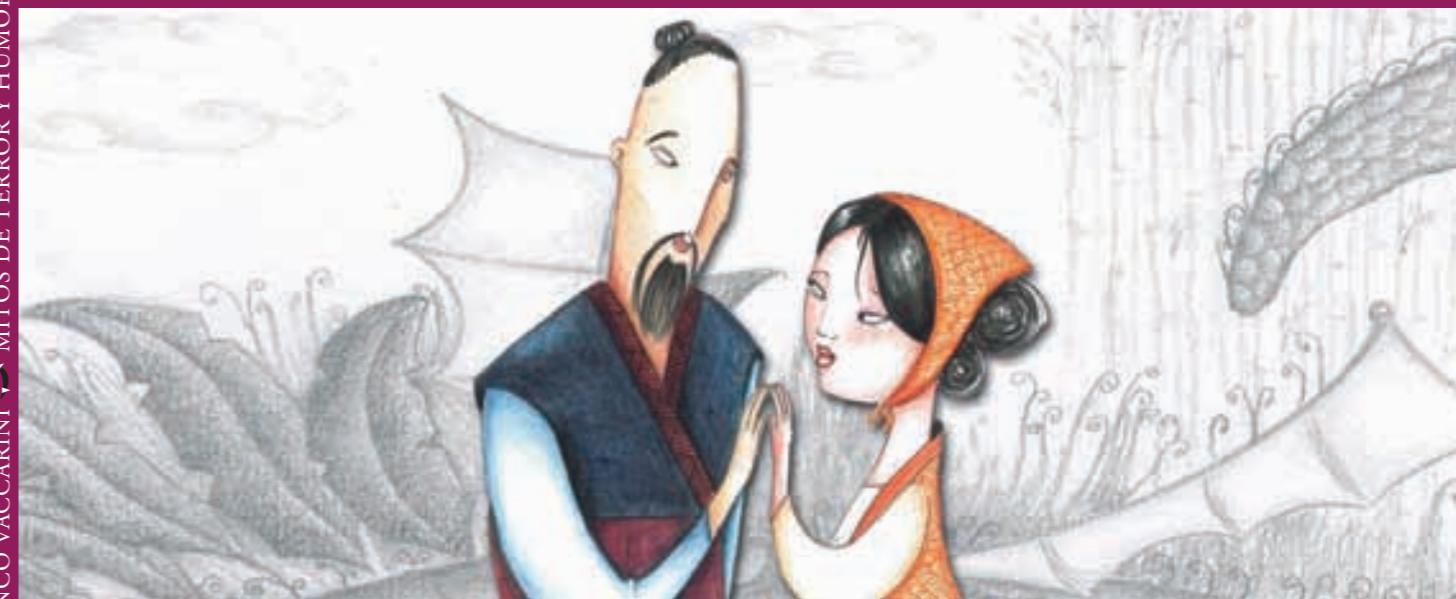
www.holachicos.com.ar

BEST

Mitos de terror y humor

El Rey de la Destrucción y otros relatos del mundo

FRANCO VACCARINI • MITOS DE TERROR Y HUMOR



FRANCO VACCARINI



FRANCO VACCARINI

MITOS DE TERROR Y HUMOR

El Rey de la Destrucción
y otros relatos del mundo



ÍNDICE

1. El rey de la destrucción (Japón)	5
2. La primera muerte (Argentina).....	13
3. El pescador distraído (Japón)	19
4. El lago de los Sustos (Alto Perú).....	25
5. La venganza de las serpientes (Brasil)	29
6. Los creadores del león (India).....	35
7. La madre del agua (Argentina).....	39
8. La extraña noche de Ishak (<i>Las mil y una noches</i> , Arabia).....	43
9. Historia del ciego en el puente (<i>Las mil y una noches</i> , Arabia).....	49
10. Cien rublos y ninguna vaca (Armenia).....	57

(Leyenda del Japón)

EL REY DE LA DESTRUCCIÓN

Había una vez un dragón de ocho cabezas. También había una vez una hermosa muchacha en una aldea perdida del Japón. Pero esos no son todos los que había una vez, además, había una vez en que una divinidad de carácter tormentoso, pero que a veces era más buena que el pan, se cruzó sin querer en el camino que uniría al dragón de ocho cabezas con la muchacha.

El dios se llamaba Susanoo y siempre buscaba pelearse con otros dioses y también con su hermana Amaterasu, la diosa del Sol. Tal vez porque había nacido de un modo singular: llegó a la vida a través de un estornudo de su padre Izanagi, que se estaba dando un baño purificador. El agua estaba muy fría y eso le provocó un resfriado. Y nació Susanoo, por la nariz de su padre.

¿Cómo era Susanoo? Ya lo dijimos: malhumorado, peleador. ¿Pero cómo era su aspecto físico? ¿Tenía cuerpo o solo era un espíritu? Buena pregunta. Ante los hombres cobraba la forma de un poderoso guerrero samurái. Y ahora estaba en la Tierra porque los otros dioses lo habían expulsado del cielo, ya que estaban hartos de su mal carácter: lo condenaron a vivir exiliado en el mar –es decir, a ser el dios del mar, pero él quería reinar en los cielos, por eso se había enojado–. Su destino, ahora, era molestar a los peces y a los monstruos que pululaban bajo las aguas.

Susanoo se demoraba en llegar a la orilla, ya que empezó a observar las costumbres de hombres y mujeres y pasaba los días entretenido caminando por los campos y las aldeas que encontraba en el camino. Los hombres trabajaban, se detenían a beber en la posada, y los enamorados, al filo de la noche, bajo la hermosa luna, se besaban. El duro corazón de Susanoo se reblandecía viendo a estos seres de vidas tan breves que parecían disfrutar cada momento. Los dioses, en su holganza de siglos, de milenios, morían de aburrimiento.

Pero él se consideraba diferente: un rebelde. Y los hombres le caían bien. Es más: desde que estaba en la Tierra se le había ido el malhumor. Casi. A veces se ofendía con los insectos que lo molestaban, o con la lluvia que lo mojaba. Lo cierto es que los hombres y las mujeres le caían bien.

Un atardecer llegó a las márgenes de un río. La ribera estaba poblada de árboles y en un claro había una casa con las puertas abiertas. Se acercó a la entrada a pedir hospitalidad por esa noche y fue testigo de una escena dramática: junto a un hogar sin leños a pesar del frío, vio a un anciano y a una anciana llorar junto a una muchacha hermosa, con una frente ancha, el cabello negro, la piel blanca y un rostro en el que se concentraba todo el arte de la vida. Era la belleza misma, ante la cual hombres y dioses solo pueden abrir los ojos asombrados y exclamar “¡Qué hermosa es!”, sabiendo que aun así no estaríamos diciendo nada, porque la palabra no podía representar esa cara delicada, de ojos misteriosos, la nariz que no parecía de este mundo, de ningún mundo. No había palabra que hiciera justicia a la hermosura de esa muchacha.

—¿Qué les pasa? ¿Por qué están llorando? ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Los tres habitantes de la casa miraron al forastero. Eran padre, madre y su hija.

El padre, por no causar mala impresión, se tragó sus lágrimas ante el que parecía un guerrero distinguido, y dijo:

—Mi nombre es Asizanuci. Ella es mi esposa Tenzuci y esta muchacha es nuestra hija, Kusinada. Nuestra desgracia es que su belleza atrajo la atención del dragón de ocho cabezas y ocho colas. Mañana mismo vendrá a buscarla para llevarla a la montaña donde vive. No sabemos qué hará allí con ella. Lo más seguro es que la devorará de un bocado. Es una bestia inmunda que arruina todo lo hermoso. Por eso lloramos. Estamos viejos y nuestra hija es la alegría de la casa y en ella hemos depositado todas nuestras esperanzas... No tenemos armas para enfrentar al dragón e incluso si las tuviéramos... ¿para qué nos servirían?

Susanoo interrumpió al dueño de casa:

—¿Pero... tanto terror les da ese monstruo? ¿Tan terrible es?

—¿Es qué no lo conoces? —dijo el anciano.

—La verdad... no. Vengo de lejos y...

—No puedo creer que, vengas de donde vengas, no sepas quién es el monstruo de ocho cabezas y ocho colas con ojos de fuego y el cuerpo grande como un bosque. A tal punto que en su lomo han crecido cedros de treinta metros. Día tras día se ha ido devorando todos los animales que tenía en mis campos y también a mis criados. Ahora que estoy en la ruina, solo le queda llevarse a mi hija. Mi adorada hija.

Susanoo, conmovido, sintió el impulso inmediato de ayudarlos. Sintió además que su corazón latía con más fuerza ante la visión de Kusinada. Así que ofreció una solución:

—Yo los voy a ayudar. Voy a idear un plan para que ese dragón no los moleste más, pero con una condición: que Kusinada acepte convertirse en mi esposa. Soy muy poderoso, me dirijo hacia el mar, y les aseguro que ella estará bien a mi lado.



Kusinada observó al forastero: su barba, su larga cabellera, la imponente altura y los ojos que podían ser suaves al mirarla y de pronto feroces al nombrar al dragón. Sin dudas parecía un buen candidato a marido y, de todos modos, por allí no pasaba mucha gente. Se podría considerar afortunada, salvo por el dragón que, obviamente, se la tragaría de un bocado a ella, al pobre forastero y a todo lo que le antojara. Y entonces Susanoo tomó de la mano a Kusinada y le dijo:

—Todo estará bien. No hay ser vivo en la Tierra que pueda vencerme.

La joven se dejó atravesar por el fulgurante resplandor que salía de los ojos del forastero y le dijo:

—Tú te atreverás a enfrentar al dragón y yo me atreveré a confiar en tu victoria. Serás entonces mi paladín.

Entre los dos quedó sellado un pacto de infinita confianza. Los padres se sumaron a ese momento sintiendo que, de buenas a primeras, estaban volviendo a tener esperanzas y no contuvieron las lágrimas al ver que las manos pálidas de su hija se unían a las del forastero.

Susanoo, abarcando también a los ancianos, dijo:

—Quiero que dejen atrás el miedo, porque mañana cuando venga el...

Un estruendo lo interrumpió. El dragón ya estaba en los campos aledaños y la Tierra se movía a cada paso. La noche había caído. El horizonte, más allá del río, se encendía por los ojos llameantes de la bestia, dieciséis círculos de fuego que regaban el espacio de chispas y rayos. Un bramido demencial fue multiplicado hasta el espanto por el eco de las montañas.

—Llegará mucho antes que mañana. Creo que mi paso por vuestra casa ha sido muy oportuno y tengo un plan. ¿Tienen sake en cantidad?

—Por supuesto. Todo el que quieras —dijo el padre.

—Y necesito ocho odres grandes. Yo los traeré, solo dime dónde encontrarlos.

El anciano lo llevó al jardín detrás de la casa donde se apilaban trastos de todo tipo.

Pronto estaban los recipientes llenos del poderoso aguardiente, a una prudente distancia de la vivienda.

Los ancianos y la muchacha se apartaron hacia un rincón de la casa y empezaron a recitar oraciones en voz baja.

El dragón avanzaba arrasando a su paso árboles y ahuyentando a los ciervos y a los pájaros. Venía directo a la casa de la bella Kusinada. Detrás, dejaba los prados incendiados, los lagos secos, evaporados, y los pobres animales que no lograban alejarse lo suficiente quedaban carbonizados en la tierra. Al verlo, Susanoo dijo:

—Es un rey de la destrucción. La Tierra no puede soportar un monstruo tal. Debo admitir que mi corazón no tiembla solo por la belleza de Kusinada; también lo hace por este monstruo interminable. ¿Qué clase de naturaleza lo ha creado? ¿De qué imaginación demoníaca ha surgido esta forma? Nada en él tiene proporción. ¿Acaso yo mismo habré caminado sobre su espalda creyendo que mis pies pisaban el suave rocío en la hierba de un bosque?

El dios sintió rabia por la indefensión de todas las criaturas ante aquel formidable dragón, y con ese ánimo tomó su espada refulgente, un regalo del dios de la guerra, dispuesto a todo. Los ocho pares de ojos del dragón atravesaron el espacio hasta divisar el cuerpo perfecto de la muchacha, pero enseguida lo distrajo el aroma del sake.

El dragón de ocho cabezas enloquecía por el sake y allí se habían dispuesto ocho odres repletos del elixir. “Pobres tontos

son si creen que por esta ofrenda no me llevaré a la muchacha”, pensó el maligno.

Metió cada una de sus ocho cabezas en cada uno de los odres y bebió con lentitud deleitosa. ¡Qué placer! Un trago más. Y otro. Y más que otro, muchos tragos. Bebió hasta secar el fondo de los profundos odres.

El dragón entonces iba a lanzar un último bramido antes de ir por la muchacha, pero el bramido nunca empezó porque se transformó en un bostezo... Y de una sola vez, las ocho cabezas entrecerraron sus ocho pares de ojos. El dragón luchó contra el temible dragón del sueño, pero nada pudo hacer. Ebrio, se durmió y de cada una de sus ocho gargantas surgían ronquidos portentosos, casi tan aterradores como su bramido. Susanoo tomó su espada y cortó cada una de las ocho cabezas y, para mayor seguridad, atravesó la piel del animal cerca del corazón. Allí, de manera extraña, el filo chocó contra algo muy duro: un sable de diamante. “Maravilloso. Regalaré este sable a mi hermana y tal vez pueda recuperar mi lugar en los cielos”, pensó Susanoo.

Los ancianos estaban felices... ¡el dragón ya no era una amenaza! ¡Aquel forastero lo había vencido!

—Te prometo que muy pronto vendré a buscarte —dijo Susanoo a Kusinada.

Y en lugar de continuar camino hacia las aguas del mar, volvió a los palacios del cielo.

Llegó a la residencia celeste de Amaterasu, y la diosa del Sol quedó deslumbrada por el magnífico sable y lo perdonó, a condición de que no aflorara su carácter recalcitrante.

—Te prometo que así será, querida hermana. Conocí a una muchacha en la Tierra que es la alegría de mis ojos. Iré por ella ahora.

Y así que Susanoo volvió a buscar a Kusinada. Ella despidió a sus padres y les dijo que todas las primaveras vendría a visitarlos. Los ancianos, orgullosos y emocionados, la abrazaron.

—No te olvides de volver en primavera —le dijo su madre, tímidamente.

—Yo mismo la traeré —les dijo Susanoo.

Y la pareja sigue al día de hoy viviendo muy feliz en su palacio envuelto en nubes, en algún lugar del cielo.

* * *

(Mito Yámana, Tierra del Fuego, Argentina)

LA PRIMERA MUERTE

Todas las cosas alguna vez no existieron, todas las cosas alguna vez tuvieron que nacer. Y también la muerte. Porque alguna vez todavía nadie había muerto en el mundo, los ancianos seguían fuertes, saludables; la gente vivía. Y seguía viviendo. Y nunca, pero nunca se moría.

Había dos hermanos muy inteligentes, grandes inventores, que siempre tenían algo con qué sorprender a los demás. Inventaron el fuego. O mejor: cómo hacer el fuego. Porque el fuego ya estaba inventado por el rayo. O por algo anterior al rayo. Descubrieron que las piedras podían transformarse en una herramienta si se las trabajaba con otra piedra más dura. Así nacieron las flechas, los cuchillos.

Ahora, esos hermanos inseparables inventaron algo más.

Vivían en una región del mundo tan bella como helada. Ellos se habían adaptado al clima y, como grandes pescadores, se internaban en el mar con canoas. Los hombres y las mujeres compartían gran parte de su vida en esas pequeñas embarcaciones: los hombres pescaban, remaban, las mujeres remaban, cuidaban el fuego, grandes lámparas hechas con grasa de focas. Llevaban esas lámparas en las canoas, para alumbrarse, para reconocerse con otros en las tinieblas.

Así andaban por los tiempos de los tiempos, así vivían sin morir.

Un día, dentro de la tienda, en una isla cercana a la costa, la madre de los dos hermanos ya no quiso estar sentada junto al fuego, sino que se recostó y dijo: "Voy a quedarme así. Estoy muy cansada".

Los dos hermanos miraron a su madre, preocupados.

—¿Estás cansada de pescar, madre? —le preguntó el mayor.

—No.

—¿Estás cansada del viento? —le preguntó el menor.

—No.

—¿Cansada de la lluvia, del rocío, de la niebla? ¿Cansada de las almejas, de la carne de foca, de la grasa que te protege del frío, de nosotros, de...?

—Ya cállense. Solo estoy cansada.

Era una mujer de muchos siglos. Una anciana débil, con la piel arrugada, sin dientes. Cerró los ojos pequeños. Pareció dormir profundamente.

El hermano mayor se fue a pescar, el menor se quedó a velar el sueño de la madre. La sacó de la tienda: era un día luminoso. Los rayos del sol entibiaron la piel antigua de la mujer. El hijo le hablaba:

—¿Ves, madre, qué dulce es la estrella sin nubes que la ocultan? La estrella nos alumbría y nos da calor.

La mujer solo dormía.

Cuando llegó el hermano mayor, tras días de navegar por los alrededores, no podía creer que su madre no hubiera despertado. Decidió quedarse todo el tiempo necesario junto a ella, en la tienda.

Los hijos pedían en silencio a los dioses que despertaran a la madre. No querían dejar de contemplar sus pequeños y hundidos ojos, no querían perderse ni una sola de sus palabras, deseaban